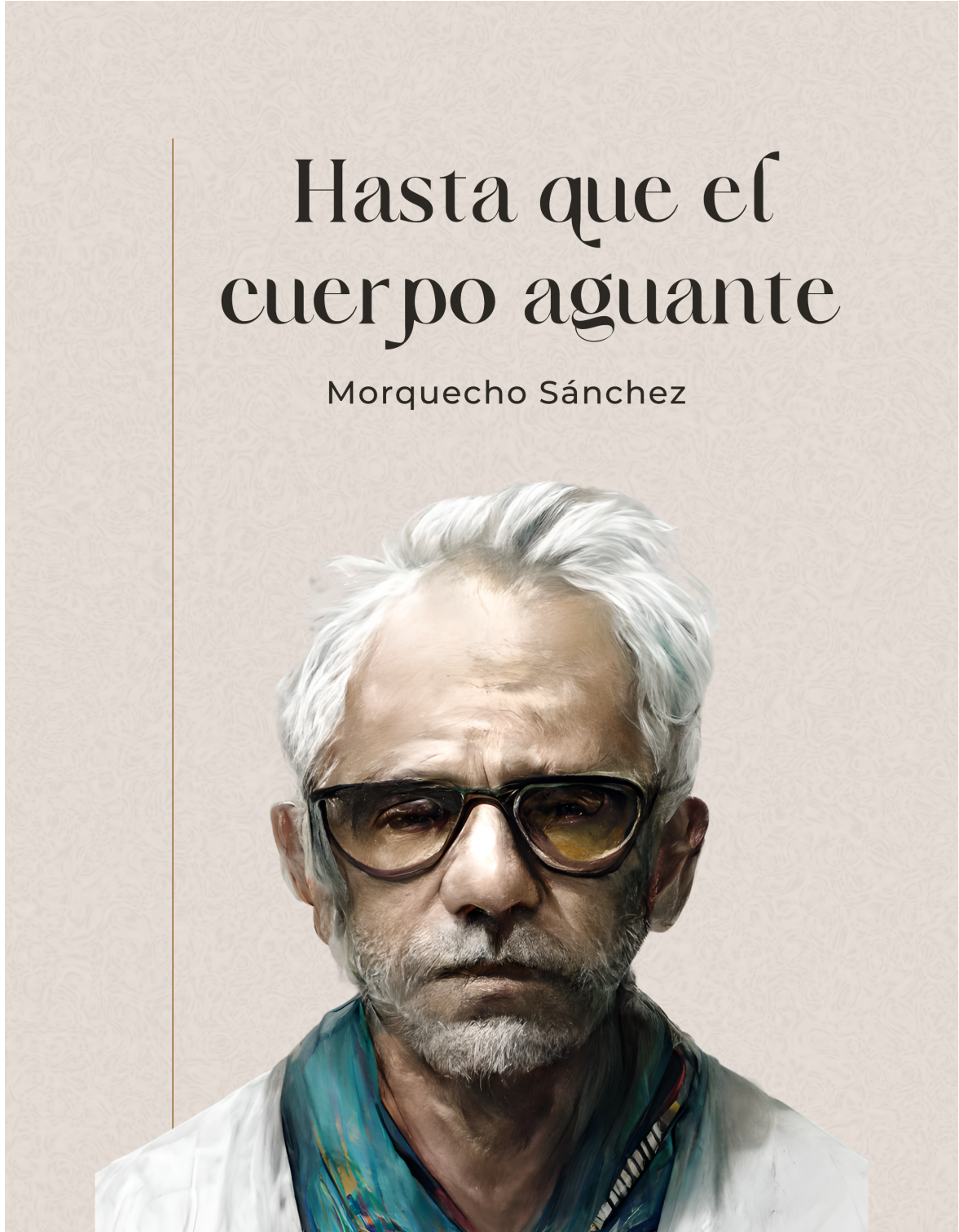


HASTA QUE EL CUERPO AGUANTE

Morquecho Sánchez

Hasta que el cuerpo aguante

Morquecho Sánchez



Capítulo 1

Subiendo y bajando, bajando y subiendo por las famosas calles de la colonia 5 de mayo, me encontré con un fenómeno cotidiano que me rehusé a dejar en el olvido por parecerme insólito. Mi rumbo era el del centro de la ciudad. Andaba en asuntos ajenos y yo no caminaba con más prisa que la infundida por el calor y el sol. A mi alrededor, algunas construcciones antiguas se desmoronaban mientras iban apareciendo aburridos despachos de abogados y ruidosos talleres de carrocería.

En un día normal los perros deambulan por las calles igual que los merodeadores proactivos, los gatos corren sobre las bardas como delincuentes en fuga, las aves cuentan los chismes con sinfonías parlantes, entre más acerca de la ciudad, mayor es la intensidad del tráfico y la aglomeración de las personas, pero ese no era un día normal. Había una quietud extraña; un sonambulismo que se apoderó de los seres viviente. Sí, de pronto se veían a las personas, aunque andaban como tratando de evitar hacer ruido y que sus pasos no se escucharan al caminar.

Llegó el punto en que me quedé con el planeta entero para mí solo. Por unos momentos no percibí ni un alma, a algún testigo de Jehová o fulano por la calle. A ese momento de soledad infinita entró pacíficamente un viejo que iba caminando por una de las aceras. Lo hacía con pasos lentos, encorvado por una joroba de camello antinatura, apoyado con un bastó cartesiano de madera y guiado por unos ojos postizos de fondo de botella. Era bastante viejo. Lo supe porque encima del esquelético cuerpo portaba una indumentaria revolucionaria. Sin escudriñarlo mucho era difícil encontrar una parte de su cuerpo, aparte del rostro, que no estuviera cubierta de ropa. Incluso las manos las cubrían las largas mangas de la camisa, el cuello un pañuelo de redoblases delgados con impresiones españolas y su frente un sombrero jarocho de palma. Apenas apareció ante mi vista y vi que el anciano se fue pegando hacia el cerco colonial de una casa de hechuras californianas y poco a poco desplomándose al suelo.

"Ya lo chupó el diablo", pensé al verlo sin voluntad de pedirle nada al cielo con la mirada.

Para no afrontar solo la responsabilidad de auxiliarlo, voltee en búsqueda de apoyo, pero nadie estaba ahí para decirme:

"Soy enfermera. Yo lo revivo".

En ese entonces, los teléfonos celulares eran más un lujo que una necesidad. Así lo pensaba, porque muy pocas personas en México tenía uno. Y la verdad era que muchas de esas pocas personas adquirirían uno

para presumirlo. Poco antes, el amigo de un amigo había tratado de convencerme de lo contrario, de la urgencia de adquirir uno, puesto que la necesidad de comunicación no espera a que uno se encuentre con la persona con la que necesita hablar o cerca de un teléfono fijo. En ese momento recordé a ese tipo y le di la razón, pero me hubiera gustado que el destino no me hubiera obligado a hacerlo bajo esas circunstancias adversas. Con esa, era la segunda vez que mi argumentación estaba en debate. La primera fue cuando estaba en búsqueda urgente de morada y necesitaba llamar a un conocido cerca de la medianoche.

"Tengo que hacerme de un teléfono celular", lo dije en forma de promesa absolutoria, cuando dejé de imaginar lo fácil que hubiera sido salir de la situación actual de haber tenido uno.

Al anciano se le notaban muchas generaciones que no llegaron a viejas. En el color de la piel reflejaba un brillo gelatinoso y en sus órbitas una profundidad perturbadora, de recién nacido en el mundo de los muertos. Seguí volteando en busca de otra persona. Inútilmente, por cierto, porque el destino ya había decidido que ese asunto estaba diseñado para mí, de la misma forma que un traje a la medida.

"En buenas manos quedaste, viejo" dije con ironía.

Recordé algunas maniobras de primeros auxilios que me trató de enseñar alguien por ahí, en algún lugar, y me dispuse a ejecutarlas (con el riesgo de empeorar la situación). Traté de enderezar el cuerpo del viejo torcido. Con cuidado lo jalé de las piernas y, sin quererlo, le arranqué la izquierda.

"Carajo, viejo" pensé alarmado mientras di un brinco hacia atrás.

Tomé un momento para analizar la situación. Le había zafado una prótesis. Me tomó un momento reponerme para volver al auxilio. Intentando terminar de acomodarlo lo jalé de los brazos y le arranqué el derecho.

"Carajo, te voy a terminar de matar", pensé avergonzado y asustado.

Pronto descubrí que también tenía una prótesis de brazo, sin embargo, la sorpresa seguía latente.

En su pecho se reflejaba una falta de inhalación. Solo se percibía una exhalación lentísima y constante, como si el cuerpo pretendiera deshacerse de toda la vida contenida, incluyendo a los órganos vitales.

Unas de mis absurdas teorías sobre lo sucedido, fue que el anciano pudo atragantarse con algo. Lo tomé de la mandíbula y le abrí los labios. Para mi sorpresa, contaba con unos dientes lúcidos y pulcros. Fue buen

descubrimiento, aunque los dientes superiores e inferiores estaba unidos por una fuerza misteriosa. Traté de separarlos para ver dentro de su garganta y los dientes salieron volando.

"Carajo", repetí durante el tiempo que tardé en darme cuenta de que era una dentadura postiza.

"Debí de haberlo imaginado", me recliné.

Voltee a todos lados en busca de ayuda. Ya no me atrevía a ponerle un dedo encima, porque tenía esa sensación de que lo siguiente que podría arrancarle sería definitivamente la vida, y no quería cargar en mi conciencia con el asesinato premeditado ejecutado bajo buenas intenciones.

Una señora de unos cincuenta años bien vividos se acercó entre curiosa y divertida. Cuando vio al anciano de cerca reflejó una sonrisa de alivio.

"Estará bien", trató de tranquilizarme.

"¿Lo conoce?" Le pregunté desconcertado.

"Vive por aquí a la vuelta. Así le pasa a veces. Es normal"

"¿Es normal que se esté muriendo?" pregunté aún más desconcertado.

"A su edad, que no se estuviera muriendo sería anormal»

Me le quedé viendo asustado y ella se dio cuenta.

"No se está muriendo. Tiene una enfermedad.." y mencionó un nombre largo, de esos difíciles de recordar, de esos que uno no se quiere aprender.

"¿Usted sabe qué hacer para que mejore?"

"Esperar. De cualquier manera ya hablé al número de emergencias. No tarda en llegar la ambulancia".

En efecto. Apenas lo dijo y comencé a escuchar los cantos de las sirenas.

Al llegar, bajaron los paramédicos, revisaron sus signos vitales y sin ninguna urgencia preguntaron que éramos del anciano.

"Nada", dije yo.

"Es mi vecino", respondió ella.

Los paramédicos eran de edad madura y experimentados. Se les notaba en la fluidez de sus movimientos. En ese momento tuve la seguridad de que el anciano estaba mejor de lo que parecía y que pronto volvería a su normalidad (cualquiera que esta fuera).

"Lo tendremos que llevar al hospital. Alguien debería acompañarlo"

"Yo iré" se ofreció ella y me evitó la pena de responder con una negativa.

La ambulancia y el viejo se fueron hacia el norte y yo hacia el sur.

El olvido puso este recuerdo en un anecdotario amplio y lo metió en un baúl al que le puso llave. En ese entonces yo tenía algo así como 19 años. Comprobado que podía con caminatas de 32 kilómetros, corridas de tres horas, desvelos de una semana y resacas inimaginables. Entonces pensaba que aquello no podía sucederme a mí y que hubo una negligencia severa en la conducta cotidiana del viejo para que llegara al final de su vida de la forma en que lo hizo.

Conté esta historia a pocas personas, principalmente porque creía que era bastante inverosímil, eso cuando me acordaba de ella.

Fue pasando el tiempo y a mi alrededor murieron jóvenes y viejos, viejos y jóvenes, de muerte natural y por razones artificiales. Al cabo de cinco o diez velorios y de quince o veinte años, aquel suceso lo miré desde otras perspectivas. Fue cuando comencé a pensar que, si todo salía bien, era probable que yo terminara como aquel anciano, al que alguien tuvo que armar como si fuera una reliquia abandonada en la esquina de un garaje. Empecé a ver muy difícil que mi cuerpo resistiera setenta y cinco u ochenta años, y mucho más difícil que quisiera llegar a ellos. Me di cuenta de que el viejo no era un cuerpo con sobreuso y algunos abusos, o un depósito de órganos vitales, sino que su ser estaba conformado por sentimientos intangibles e ideas materializables, sueños y esperanza, ilusiones con dolor, miedos múltiples a causas infinitas, historia detrás de su historia, amigos, seres queridos o familias, soledad y compañía, fe sobre dioses celestiales o terrenales, ganas de vivir con algún propósito o vivir por desperdiciar la vida.

En cualquier caso, me planteé la posibilidad de la vejez y el deterioro de mi cuerpo senil como opción medianamente digna para mis últimos días. Con responsabilidad, acepté el hecho de que en algún momento necesitaré de algún joven para sacarme de mi desgracia y me resigné emprender la condenable tarea de profanar un cadáver andante que aún no se ha enterrado en camposanto o a la inevitable levedad del ser.

De todas formas, esa ayuda será la retribución de mi indiferencia de juventud y la tendré que aceptar sin renegar, no porque sea justa, sino porque habré de entender en que parte de la vida se encuentra el joven y en cual me encuentro yo. Y que donde yo vi al viejo ahora me veo y que donde ese joven me ve, quizá no se verá, porque la vida es así de incierta. Es por ello que he pedido al responsable de la vida, que me permita llegar aviejo con la dignidad suficiente y que el dolor sea soportable, para que, a pesar de lo que sea, pueda soportar el machacamiento constante de mi carne y la trituración permanente de mis huesos, hasta que el cuerpo aguante y me convierta en alma en pena, polvo de estrellas o partículas de tierra.